

Ahora bien : si el martirio es el valor supremo ,  
el suicidio tiene que ser la suprema cobardía.

El mártir sonríe al morir.

El suicida tiembla al matarse.

La civilización moderna , que le ha vuelto la  
espalda á la gloria de los mártires , se encuentra  
manos á boca con la ignominia de los suicidas. Los  
valores han acabado con el valor. Al martirio se  
va por el camino de todas las virtudes ; al suicidio  
se llega por la pendiente de todos los vicios : he  
ahí la senda que seguimos y el fin adonde vamos.  
La muerte lo ha sobornado todo : las cosas mueren,  
y los hombres se matan. El árbol de la libertad  
parece que es el que han elegido para ahorcarse  
alternativamente los pueblos y los reyes.



## FRASES HECHAS



## FRASES HECHAS

### I.

#### CAPRICHOS DE LA LENGUA.

**T**IENE la lengua curiosas genialidades, momentos que podemos llamar de buen humor, en los que arroja á la circulación fórmulas felices que se aceptan en cuanto aparecen, y repetidas de boca en boca obtienen el común asentimiento, y entran en la respetable categoría de lo que llamamos *frases hechas*.

Sería inútil intentar indagaciones en busca de su origen, porque nacen espontáneamente, y rara vez se sabe quién fué el primero que las pronunció. Especie de vegetaciones de las lenguas, forman un modo de hablar generalmente pintoresco, por lo común caprichoso, y siempre expresivo, que viene á ser la elocuencia del vulgo, el lenguaje, digámoslo así, literario del pueblo, y la desespera-

cion de los que se dedican al estudio de los idiomas.

Después que sabemos bien la Gramática de una lengua, y llega á sernos familiar su diccionario, todavía no podemos decir que la poseemos, porque en todas ellas hay una parte, una gran parte, que me atrevo á llamar empírica, libre, poco escrupulosa, que se burla de los más sabios filólogos y de los más consumados gramáticos, parte que es preciso aprender letra por letra y palabra por palabra, un día y otro día, y cuyo estudio, puramente mecánico, tiene por maestro infalible á la multitud ignorante, y por único libro de texto, al uso.

Cuando se fija un poco la atención ociosa en esas caprichosas espontaneidades de los idiomas que llamamos *frases hechas*, se advierte la completa incapacidad del hombre para crear una lengua.

Esta incapacidad evidente no ha sido bastante á impedir la arrogancia de pretenderlo. Todos hemos oído hablar con énfasis científico del vasto propósito de una lengua universal. La empresa era indudablemente digna de tomarse en cuenta, y en el Ateneo de Madrid se anunció con toda la solemnidad de su importancia la empresa audaz de dotar al género humano de una lengua común; el ministerio de Fomento facilitó algunos fondos para la realización de la idea, y la lengua universal tuvo sus secuaces, como algunos años más atrás había tenido también sus partidarios el Eolo de Montemayor. Pero, ¡ya se ve!, lo que es imposible, lo es siempre, aunque el Ateneo de Madrid lo patrocine

y el ministerio de Fomento lo proteja; y, ¡es claro!, la lengua universal cayó á poco tiempo en el panteón de las lenguas muertas, ¡cosa singular!, mucho antes de haber nacido.

Reunidos todos los esfuerzos del ingenio humano, se llegaría á construir el árido esqueleto de una lengua sin contornos, sin matices, sin vida: lengua rígida como un cadáver, sin color, sin movilidad, sin fisonomía; lengua sabiamente imbécil, exótica, invariable, y después de haber fabricado tan prodigioso artificio, nadie la hablaría.

La palabra es un don que debemos, como el de la vida, como el de la inteligencia. La vida está en nosotros, y no somos nosotros los que nos la damos; la inteligencia suele prestarnos muy buenos servicios en el mundo; pero no está en nuestra mano concedérsela ni aun conservarla; la palabra nos pertenece...., cierto...., mas no es el hombre el que la ha creado; y para que esto no pueda desmentirse nunca por el orgullo humano, le está prohibido á los hombres forjar lengua alguna.

Mas sea como quiera, si no hemos creado la *palabra*, si no hemos sido nosotros, digámoslo así, los inventores de la simiente primitiva que ha producido la copiosa vegetación de las lenguas humanas, quedáanos el honor de ser el puñado de barro en que fué fecundada.

No es ciertamente la electricidad obra nuestra; yo, por lo menos, no tengo noticia de que nadie hasta ahora haya pretendido apropiársela por pri-

villegio de invención, y no obstante, la encadenamos á nuestras necesidades, y nos sirve prodigiosamente en nuestras comunicaciones. Aún no sabemos que hombre alguno haya sido el autor de la velocidad, lo cual no quita que la aprovechemos en nuestro servicio, disponiendo de ella como de cosa propia.

Con las lenguas sucede lo mismo; pero menos dóciles que la velocidad y que el fluido eléctrico, se niegan á seguir cauce alguno trazado de antemano. Ellas se desprenden unas de otras, se forman por sí mismas, por sí mismas se enriquecen, se perfeccionan, se purifican y se corrompen.

La Gramática de cada lengua no es más que la anatomía y la fisiología de cada idioma, así como la Gramática general es la filosofía de la palabra.

¡Analogía..., sintaxis..., ortografía..., prosodia!.... Cualquiera, al oír pronunciar estos cuatro nombres, creará que bajo esas sabias denominaciones ha agrupado el hombre las reglas por que se han de regir los idiomas, reglas que él ha dictado según su voluntad y su sabiduría; pues es precisamente todo lo contrario, porque las Gramáticas nacen de las lenguas mismas; y el estudio en este punto sólo nos ha conducido á reconocer como únicas é inalterables las leyes que las mismas lenguas se dictan, sin que nos sea lícito ni siquiera discutir las.

Es verdad que esta es la sencillísima historia de todas las ciencias humanas: las leyes morales, como

las leyes físicas, son anteriores y superiores al hombre; ni la sociedad ni la naturaleza dependen de su voluntad, ni proceden de su sabiduría, y así como no le es posible crear una sociedad ni crear una naturaleza, no le es posible tampoco crear una lengua.

Las Academias establecidas en todas las naciones cultas para conservar la pureza de los idiomas, esos centros directivos de las lenguas, se hallan revestidas de una autoridad más aparente que efectiva. Sus facultades están reducidas á seguir ciegamente los movimientos del lenguaje y las excentricidades de la palabra.

Este tribunal, que parece único, ve su jurisdicción invenciblemente limitada por un poder arbitrario, por el poder del uso; pues no hay fuerza académica que detenga el curso de una locución, de una voz, de un giro, por vicioso ó por absurdo que sea, si una vez la mano invisible que dirige el movimiento de la palabra humana los ha puesto en circulación. Todo el genio académico es impotente ante las genialidades de las lenguas; los más presuntuosos rigores de la Gramática ni las más precisas definiciones del Diccionario, bastarán nunca á contener sus caprichosas irregularidades. La Academia más sabia se resistiría en vano, y acabaría por doblar la cabeza y someterse al imperio del uso. En rigor, estas ilustres corporaciones no tienen otra regla para resolver las cuestiones de analogía, de sintaxis, de prosodia, de ortografía y de significación que de continuo se les ofrecen, y

se ven obligadas á dar su sanción á las más disparatadas locuciones.

En las *frases hechas* ha encontrado nuestra lengua ancho campo á sus caprichos; en esa región es donde hace más descarado alarde de su independencia, y desde allí, con un desenfado inaudito, se burla de la Gramática, se mofa de la Academia y se ríe de sí misma.



## II.

## CREER Á PUÑO CERRADO.

**E**n diversas maneras podemos expresar la firmeza de una convicción profunda, incluyendo entre ellas hasta la fórmula del juramento; mas ni el juramento mismo tiene el vigor, la energía, la precisión de esta frase: *creer á puño cerrado*.

Ciertamente, no existe relación ninguna entre la mano abierta ó cerrada y el convencimiento más ó menos íntimo que hayamos podido adquirir acerca de cualquier cosa, porque si no, los brazos de los dos brazos se verían imposibilitados de creer en nada; y, sin embargo, esa mano fantástica, ese *puño cerrado*, da á la idea que de ese modo expresamos, una firmeza, una decisión y, si puedo decirlo así, una elocuencia irresistible.

*Creer á puño cerrado* es estar fuera del alcance de toda incertidumbre y á cubierto de toda duda.

Y bien: ¿qué tiene que ver la pintoresca imagen de que nos valemós, con la idea que expresamos?

El puño cerrado podrá expresar el enojo, la ira, la desesperación, la amenaza y aun la avaricia; pero por más vueltas que le demos, nos será imposible encontrar en ella indicio alguno de que pueda ser señal de convencimiento.

Con ambos *puños*, enérgicamente *cerrados*, podemos muy bien dudar de todo; y, digo más: digo que es la expresión más propia de la duda, porque la duda es la desesperación del entendimiento.

*Creer á puño cerrado* es una frase arbitraria y hasta absurda, ante la que la Gramática dobla la hoja y la Academia dobla la cabeza. Carece de toda razón filosófica y gramatical que la autorice, y, no obstante, ni la Academia ni la Gramática han producido nunca frase alguna que obtenga una popularidad tan unánime.

No se contenta sólo con poner este ó el otro convencimiento, como si dijéramos en la palma de la mano, parte del cuerpo que maldito lo que ha tenido que ver nunca ni con lo que se cree ni con lo que se duda, sino que, además, dice muy frescamente *puño cerrado*, como si alguien hubiese visto alguna vez un *puño abierto*.



## III.

## CREER Á PIE JUNTILLAS.



MA S la lengua no se satisface por lo visto con ese triunfo; no le basta que creamos á puño cerrado; quiere más, mucho más, y como no se para en pelillos, y no le da importancia á las severidades de la crítica, se descuelga con la pretensión inaudita de que hemos de *creer á pie juntillas*. Y esta frase brutal, sin sentido propio ni ajeno, verdaderamente estrambótica, sale, no se sabe de dónde, y saltando de boca en boca, se impone á la Academia, se impone á la Gramática, y nos obliga á todos á reconocer en ella el poder de una legitimidad indiscutible.

No hay, pues, más remedio que creerla á *pie juntillas*.

Todo lo que hemos ganado en publicidad lo he-

mos perdido en pudor; así es que hemos adquirido la impermeabilidad necesaria para que nada nos escandalice, ni nos avergüence, ni nos indigne. Por lo tanto, nadie se toma el trabajo de ocultar ni sus vicios, ni sus malas acciones, ni sus perversos pensamientos. Á fuerza de saber miserias humanas, nos hemos acostumbrado de tal modo á la degradación que nos infesta, que ya nos parece la cosa más natural del mundo. Encallecidos de esta manera el sentido común y el sentido moral, no hay para qué cubrir con falsas apariencias nuestras culpables debilidades. Ni en nuestras costumbres privadas tenemos necesidad de guardar secreto alguno.

Esto es cierto: mas ¿qué tiene que ver esa reflexión hipocondríaca con las *frases hechas*, que es el tema ó la manía del presente artículo?...

Realmente, nada; y, sin embargo, una vez escrita, podemos aprovecharla para traer á la memoria otra locución no menos curiosa.



## IV.

## Á OJOS VISTAS.

**PODEMOS** decir, sin provocar las censuras de los gramáticos ni excitar el enojo de los académicos, que ya en este mundo de la publicidad no necesitan las perversidades la careta de la honradez: todo se puede hacer *á ojos vistas*.

Por medio de esta concordancia vizcaína, sin pies ni cabeza, es decir, por medio de esa locución verdaderamente libre y fuera del alcance de toda regla, podemos dar á entender el desconcierto del estado moral en que vivimos.

Aplicada á este caso general de pública desvergüenza, preciso es convenir en que no le falta cierta filosofía; pues, sea como quiera, el libertinaje de nuestras costumbres encuentra una expresión adecuada en el desconcierto de esas palabras.

*Á ojos vistas...* ¿De dónde ha salido esa frase?... He ahí una pregunta inútil, porque nadie sabe contestarla. Los más incansables investigadores arquearán las cejas, elevarán el labio superior y se encogerán de hombros, porque la erudición más acabada no tendrá otra cosa que contestarnos.

Es claro que alguna boca humana la pronunciaría por primera vez, y es de presumir que esa boca anónima no sería excesivamente culta.

De seguro el autor de la frase no debió ser ni gramático, ni académico, ni erudito, ni literato; positivamente, si nos fuese dable averiguar su nombre, no encontraríamos en él un nombre ilustre, ni en las letras, ni en las ciencias, ni en las artes.

Es indudable que tan disparatada locución salió de los labios de la ignorancia misma: el que la dijo no supo lo que se decía, aunque supiera lo que quería decir.

Y bien...: ¿qué mérito singular se encierra en ella para que desde el primer momento fuese aceptada, y repetida de boca en boca, adquiriendo al fin la sanción de una legitimidad incontestable? Porque nosotros mismos, los académicos, los literatos, los eruditos en esta materia, los que estamos obligados á tener la Gramática en la uña y saber el Diccionario como el Ave María, no nos desdeñamos de usarla siempre que el caso se presenta, y aun nos valemos de ella con preferencia á otras más racionales ó menos desatinadas.

Se dirá: el uso...., el uso.... Pero bien: ¿qué es

el uso?... Es contestar con la misma pregunta, porque, en último resultado, el uso no es más que el hecho.

Sería ciertamente un fenómeno digno de estudio si ofreciera algún resquicio por donde pudiera penetrar la razón humana; pero es el caso que se niega á toda indagación. Cuantas más vueltas se le da, más impenetrable se nos presenta.

De la noche á la mañana nos encontramos con la aparición de una frase sin historia, sin filosofía, sin gramática y sin sentido, introducida en el lenguaje por una influencia ignorada, á la cual, quieras que no quieras, todos acabamos por someternos.

¿Qué es esto?... ¡Bah!... Una extravagancia...., una excentricidad.... Realmente eso es todo lo que podemos decir; mas convengamos en que es bien poco.

Entre el gran número de frases hechas que han ido naciendo al calor de nuestra lengua, hay algunas que merecen anotarse, y las anotaremos; pero eso hay que hacerlo en capítulo aparte.







V. UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

ESTAR DE MONOS, cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

**N**o es todo en el amor miel sobre hojuelas. Desde que Eva se dejó seducir de la serpiente y el bobalicón de Adán probó el dulce fruto de nuestra perdición, todo va manga por hombro, porque el demonio, que es más listo que Cardona, no se puede estar mano sobre mano, y desde entonces acá, siempre está dale que dale y erre que erre haciendo de las suyas.

En ese cielo encantado en que suele pasar el hombre la primavera de su vida, hay también terribles tempestades, y sea por fas ó por nefas, á cada triquitraque se arma la de San Quintín, y cada trastienda que canta el Credo.

Por un quitame allá esas pajas, los amantes más tiernos se tiran los trastos á la cabeza, y, tira

de aquí y tira de allí, se dicen las verdades del barquero, se ponen como chupa de dómine, y entonces son las madres mías.

¡Ya se ve! Las palabras se enredan como las cerezas; nunca falta un correvedile que se meta en camisa de once varas; y como cada uno tiene su alma en su almarío, se echan á rodar los bolos, y allí fué Troya.

Este es el pan de cada día en el teje maneje de los que bien se quieren, y hoy por ti y mañana por mí, andan á la greña sin ton ni son, á dos menos tres; y unas veces por Juan y otras por Pedro, se pasan la vida enseñándose los dientes, y, ¡válgame Dios!..., la vida es un soplo.

Para estos casos del mío sobre el tuyo en que los enamorados se suben á la parra y sueltan la maldita, porque no siempre la procesión va por dentro, tiene también la lengua su FRASE HECHA, tan de molde, que ni pintada.

Y no hay que levantar el gallo contra la frase que tengo junto á la punta de la lengua, diciendo si fueron verdes ó fueron maduras, porque la lengua no habla nunca á humo de pajas; sabe muy bien dónde le aprieta el zapato; y cuando ella dice esta boca es mía, no hay más que bajar la cabeza y tragar saliva.

Hay, pues, que aceptarla sin dimes ni diretes, lisa y llanamente, dejando á los gramáticos y á los académicos que hagan de su capa un sayo.

No desconocemos que esos pozos de ciencia sa-

ben poner los puntos sobre las íes, y quieren que se hable con su cuenta y razón, y no á roso y velloso, así..., de bóbilis bóbilis, como quien dice, á ojo de buen cubero; y aunque es verdad que ellos están siempre sobre el peón, es también cierto que ni atan ni trasquilan, y por más que se den de calabazadas, la lengua sigue en sus trece, y hace y deshace, sin que sea posible irla á la mano, porque está empuñada en que ella sabe muy bien lo que se pesca.

Y vaya V. á hacerla caer de su asno, cuando cree que pone una pica en Flandes. Como quien no quiere la cosa, nos daría con la puerta en las narices, y tendríamos que salir con las manos en la cabeza.

Sin duda alguna, la frase que tengo *in pectore* es una salida de pie de banco, sin fuste ni muste, contra la que pudieran presentarse muchas razones que no tienen vuelta de hoja; mas la lengua no necesita abrir ni cerrar ningún libro para salir por los cerros de Úbeda, y cuando pone pies en pared, no se convence, aunque le prediquen frailes descalzos.

Ello es que siempre que nos dan en rostro las caras de pocos amigos de dos que se hacen muecas, porque anda entre ellos la de Dios es Cristo, á todos se nos viene á la boca la misma frase, todos nos comemos la partida, y, dándonos de ojo, decimos:

—¡Hum!...: están de monos.

La frase no es ciertamente un arco de iglesia, y la lengua, al traerla á colación, no habrá tenido que quemarse mucho las cejas; pero yo desafío al más pintado á que saque fuerzas de flaqueza, pues aunque haga el diablo á cuatro, no dará en el quid de otra frase que pueda mirar á esa por encima del hombro, y al fin y al cabo saldrá de su empeño como perro con maza.

No creo que ningún alma de cántaro se meta en semejante berengenal, porque eso de hacer de la lengua mangas y capirotos, sólo le es permitido á la lengua misma, pues ella sola sabe dar siempre en el clavo, como si estudiara con el demonio.

Y he ahí un punto acerca del cual no da fácilmente su brazo á torcer; lo hila muy delgado, y los dedos se le antojan huéspedes. Verdaderamente, ella no necesita ayuda de vecino, aunque siempre debe estar con las manos en la masa, pues las *frases bechas* parece que le caen por la chimenea.

En esta tarea no hay ciertamente quien le tosa. Eso sí, ella echa por esos trigos de Dios, y sin pararse en tiquis miquis, suelta la taravilla, y sacándolas del costal, se ríe en nuestras barbas, dándonos en rostro con locuciones y palabras tan á remacha martillo, que nos dejan haciéndonos cruces, sin que nos valga la bula de Meco.

Preciso es que cantemos de plano, y aunque sea darle un cuarto al pregonero, hay que tirar de la manta y confesar que en esto de las *frases bechas* ella sola es la que tiene la sartén del man-

go...., y, ¡bah!, en buenas manos está el panderero.

Ante el desparpajo con que escupe por el colmillo frases que vienen á tiro hecho como pedrada en ojo de boticario, y que entran y salen por los dominios del lenguaje como Pedro por su casa, sin que sea posible atarlas corto, ni mucho menos meterlas en cintura, ni siquiera hacerlas entrar por el aro, los hablistas de más campanillas son niños de teta, y las Academias que rayan más alto se quedan en mantillas.

Cuando la lengua se echa el alma á la espalda y dice «aquí que no peco», nos quedamos pegados á la pared, sin que nos quede más recurso que hacernos los suecos y dejar que rueda la bola.

Las Academias se devanan los sesos para que cada palo aguante su vela y todo salga á pedir de boca. Justo es concederles el honor de querer llevar su gato al agua; mas aunque andan con pies de plomo, nunca consiguen tener á raya las salidas de tono con que la lengua echa su cuarto á espaldas, y salga el sol por Antequera, porque ese es el pie de que cojea.

Y dejémonos de cuentos; ella hablará en estos casos á tontas y á locas, y dirá disparates de á folio; pero no hay que darle vueltas, porque siempre pone el dedo en la llaga.

Esos *monos*, traídos ahí por arte de birlibirloque, se caen de su peso y vienen como de perlas; y aunque parece que miran al plato, miran á las ta-

jadas, y son capaces de hacer desternillar de risa al moro Muza.

*Estar de monos* es lo mismo que estar en berlina, y eche V. por arriba ó eche V. por abajo, lo mismo da ocho que ochenta, pues por todas partes se va á Roma.

Y no hagamos aspavientos dando á entender que se nos quiere comulgar con ruedas de molino, que la lengua no se mama el dedo, y si dice caruchera en el cañón, firma el rey.

A nosotros sólo nos toca cargar con el mochuelo y hablar por boca de ganso.

Bueno que las doctas Academias y los escritores de pelo en pecho tomen todas esas frases de rompe y rasga á beneficio de inventario, pues no es cosa de que se den con un canto en los pechos y pasen por las horcas caudinas, ni más ni menos que si fuesen sacristanes de amén ó curas de misa y olla. Perfectamente; pero entretanto, las frases hacen su agosto y no se nos caen de la boca, y la Gramática anda como tres en un zapato, y al Diccionario no le llega la camisa al cuerpo.

Esto es lo que al pie de la letra sabemos de buena tinta acerca del maremagnum de las *frases bechas*, que, por matar el tiempo y echar una cana al aire, hemos puesto en tela de juicio.

Claro es que no hemos inventado la pólvora, y que otro que tenga el asunto más al dedillo, se irá al grano más derechamente, dejándonos en baba.

Si es así, su alma en su palma, y punto redondo.



## VI.

## PELAR LA PAVA.

**E**l genio del gran dramático inglés immortalizó los nombres de Julieta y Romeo, perpetuando entre los hombres la lamentable historia de aquellos desventurados amores; del mismo modo, el talento de Bernardino de Saint-Pierre nos descubrió después los nombres de Pablo y Virginia, confiándonos el inolvidable relato de otros amores no menos desgraciados.

Es imposible no sentir el poderoso encanto con que Shakespeare nos pinta los apasionados diálogos de Julieta y Romeo, ni substraerse al atractivo con que Saint-Pierre nos dibuja los tiernos y apacibles coloquios de Pablo y Virginia. La crítica entusiasmada nos ha hecho ver las sublimes bellezas de estos cuadros, y el sentimiento de esas mismas

bellezas, antes que la crítica, nos revela á todos el maravilloso poder de ambas creaciones, porque la crítica ha ido en todos los tiempos del mundo detrás del arte, ni más ni menos que va la sombra detrás del cuerpo que la produce.

En realidad, el arte es el genio, y la crítica viene á ser en substancia la medida de las grandes obras después de hechas.

Mas el genio de la lengua, que todo lo celebra y de todo se burla, dándose la importancia de quien va á decidir el caso con un golpe maestro, ha intentado mofarse de Shakespeare, de Saint-Pierre, de Julieta y Romeo, de Pablo y Virginia, de la crítica y de todos los que sentimos y admiramos la sublime belleza de esas obras maestras, lanzando á las corrientes impetuosas de la palabra una frase burlesca, desdeñosa, que cae como jarro de agua fría en el fuego de nuestro entusiasmo.

He aquí el caso: esos diálogos íntimos con que mano á mano se comunican entre sí sus inquietudes y sus esperanzas, sus promesas y sus juramentos en conversaciones interminables dos corazones enamorados, nos son conocidos en el lenguaje corriente con la designación risible de *pelar la pava*. ¡Ah pícara lengua!

Toda la poesía del amor, toda la sublimidad del coloquio, todo el interés de los más vivos afectos, todo el efecto dramático de la escena se desvanece ante esa frase vulgar, prosaica, burlona. No hay ternura que se resista á la acción corrosiva con que esa

frase intempestiva disuelve el encanto del cuadro.

En medio de las lágrimas que el calor de la situación haya hecho asomar á nuestros ojos, la sonrisa aparecerá en nuestros labios si la memoria nos pone esa frase grotesca en la punta de la lengua.

¡*Pelar la pava!* Cuantas más vueltas le doy, menos lo entiendo. Mi perspicacia no encuentra qué especie de conexión puede haber entre desplumar el ave *finchada* y oronda, que la Navidad hace célebre y las trufas inolvidable, y tejer manos á boca esa red de palabras en que tan fácilmente se enredan dos corazones enamorados.

¿Qué tiene que ver *pelar una pava* con el mutuo comercio de promesas, de quejas, de suspiros, de temores, de proyectos y de esperanzas, tarea en que los amantes se olvidan hasta de sí mismos para no hablar más que de sí propios? Dulce y tierna comunicación de dos almas que se entretienen en forjar para ellas solas nada menos que la felicidad eterna en medio de las desdichas del mundo.

Sea como quiera, la frase que nos ha venido á la mano, debe tener su origen. Esto es forzoso, y si la lengua misma, tan hábil en unir los conceptos á las palabras, no acierta á compaginar el sentido de la frase con la idea que representa, la historia, menos escrupulosa, resolverá la dificultad bien fácilmente.

Tengo por cosa segura que esta frase debió nacer en algún pueblo de Andalucía, lo cual no quita que otro la haga oriunda de Cataluña ó de Castilla.

La fecha se averigua sin necesidad de revolver muchos archivos, pues desde luego se comprende que debió ser por Navidad, ó á lo menos en el día de alguna festividad doméstica. De aquí se deduce su carácter familiar y espontáneo, pues debió surgir modestamente en las intimidades del hogar, esto es, en el rincón de alguna cocina.

¿Cómo? Casi por sí misma, por la fuerza particular de una coincidencia.

Aquí hay necesariamente una *Julietta* de humilde condición, algo alegre de cascos, y por lo mismo tentada de la risa, con su alma en su almario, bastante resuelta á no meterse en un convento, y que podría llamarse Marta, que es al fin un nombre propio como otro cualquiera.

A esta Marta le hace guiños un *Romeo*, que, como el de Shakespeare, anda á salto de mata, porque los amores de los simples mortales suelen tener en el mundo tantos inconvenientes como los de los héroes. La casa tiene ventanas, y sobre todo un corral, que para estos lances dice «comedme», y vaya V. á ponerle puertas al campo.

Este es el lugar preferido para las citas, donde los dos amantes se ven y se hablan sin que nadie les tosa; allí se prometen el oro y el moro, y en dimes y diretes se les va el santo al cielo, que ninguno de los dos se muerde la lengua. Como á la ocasión la pintan calva, Romeo anda siempre haciendo esquinas y bebiendo los vientos, y apenas suena la voz de Marta en el corral, y ya sabe ella

dónde le aprieta el zapato. Romeo, más listo que Cardona, se encarama de un salto en lo alto de la tapia, que á él no le duelen prendas, y Cristo con todas. ¡Bonito es el mozo para pararse en pelillos! Lo mismo le da ocho que ochenta, y siempre se va al grano. ¿Qué le importa á él que lo pillen con las manos en la masa?

Así andaban las cosas, cuando el ama de la casa, que era mujer de muchos humos, se le puso en el moño celebrar un banquete que ardiera en un candil; y aquí te quiero, escopeta: toda la familia se volvió manos, porque la comilona había de ser el *non plus ultra* de los *gaudeamus*.

Marta tenía ángel para desplumar aves, y á ella le tocó sacrificar la víctima, por ser tarea para la que se pintaba sola. Paso entre paso y quieras que no quieras, se fué hacia el corral, riéndosele los huesos, porque la procesión iba por dentro; y allí, en menos que canta un gallo, cogió una pava á ojo de buen cubero, y en un santiamén le retorció el cuello, sin que pudiera decir «Jesús me valga».

Dicho y hecho: la cabeza de Romeo apareció sobre la barda del corral, como si lo hubiesen llamado con campanilla, y cate V. á Periquillo hecho fraile: las palabras se enredan como las cerezas, y charlando charlando se les van las horas muertas.

Al ama de la casa no se le cocía el pan, pues era mujer de pelo en pecho, y todo lo quería en un abrir y cerrar de ojos....

—¿Qué hace Marta? (preguntó con impaciencia.) ¿Dónde está Marta?

Los amores de Marta no eran un secreto de Estado, y toda la gente de la casa estaba al cabo de la calle; así es que la contestaron diciendo:

—Marta.... pues.

—¿Qué quiere decir *pues*? — volvió á preguntar el ama.

Se miraron unos á otros guiñándose los ojos, y el más socarrón dijo con mucha sorna:

—Marta...., eso es...., pues...., está.... pelando la pava.

El ama se hizo cruces, y la frase quedó hecha.



## VII.

## DORMIR Á PIERNA SUELTA.

**M**AY sueños deliciosos, y esta es una de las pocas dichas que en el mundo pueden alcanzar hasta los más desgraciados, porque, en fin, sean las que quieran las tristes realidades que siembren de espinas la senda de nuestra vida, ello es que nuestras angustias tienen el refugio del sueño, durante el que la imaginación suele pintarnos con risueños colores la halagüeña realidad de los más imposibles deseos, y en esos momentos, fugitivos siempre como el de todas las dichas humanas, el hombre dormido es el ser más feliz de la tierra.

Mas esta gota de miel, puesta en los labios de nuestras esperanzas, tiene muy pronto un sabor muy amargo. Es preciso despertar, y entonces toda